

# Valores franciscanos para un mundo en crisis

## Ambientación

- El título que fue dado a la presente ponencia resulta cuanto menos *equivoco* y no deja de tener tintes *tremebundistas*, que quisiera, desde un principio, despejar, pues por propia psicología no soy dado a las *visiones pesimistas* y, mucho menos, *apocalípticas*.

- Por ello más que referirme a un *mundo en crisis* –que pretendiendo, quizá, *decir mucho* no dice en realidad nada, pues las crisis son detonantes de cambio y crecimiento, por lo general, y todas las épocas, en mayor o menor medida, han sido cambiantes, como cambiante es la vida misma por su innato dinamismo (todo fluye – Heráclito)– quisiera referirme a las crisis de nuestro mundo.

- Y entre dichas *crisis* tampoco pretendo ser *exhaustivo* ni *elencarlas todas*. Me limitaré eso sí a tres que *considero muy importantes* y que entrarán en conexión directa con los *valores franciscanos* que durante estos días profundizaremos y que he querido encuadrar en torno a dos grandes bloques: el de la *misericordia* y el de la *fraternidad*. Dos bloques que, por otra parte, hacen una directa alusión a nuestra *condición identitaria* de ser *Hermanos de la Tercera Orden Franciscana Seglar*.

- Las *tres crisis* a las que arriba he hecho referencia y que estarán como en el trasfondo de todo lo que en estos dos días iremos profundizando son:

- \* *La Lucha de civilizaciones*

- \* *Las crecientes desigualdades sociales*

- \* *La depredación de la naturaleza*

Como causas, y a veces incluso como consecuencia de las anteriores crisis, se podrían señalar, entre otras, los hechos siguientes:

\* *La globalización*, que ha hecho de este mundo una aldea universal

\* *Las grandes migraciones* de finales del XX y principios del XXI

\* *Los ghettos crecientes*

• Con todo, las *crisis* que arriba se han enumerado son de alguna manera – aunque con ropaje distinto– constantes a lo largo de la historia de la humanidad, y hay épocas en que las *similitudes* resultan más notorias y evidentes.

• Y por ejemplo, en la época en que vivió el propio Francisco de Asís, no es raro poderlas descubrir también, aunque –eso sí– con sus características y connotaciones propias.

• Ahora bien, Francisco no permaneció impasible ante las crisis, ante los *retos* que le planteó el *contexto histórico y social que le tocó vivir*, antes por el contrario les supo hacer frente, siendo un verdadero *rompedor de odres viejos*.

• Francisco fue, se podía decir en ese sentido un verdadero *revolucionario* –una persona que removió los cimientos de su mundo, del *conformismo imperante*, de la inercia marcada–, pero *no fue un revolucionario agrio ni violento*.

• Fue precisamente un revolucionario que tuvo uno de sus mayores atractivos para la gente de su tiempo, y lo continua teniendo aún hoy entre nosotros, en el *candor de su profunda y tierna humanidad*. Fue –y sigue siendo– un santo profundamente humano, pero además con una *humanidad* que tiene mucho de *candor* –de esa inocencia y capacidad de soñar con los ojos abiertos– que son tan típicas de los niños. Y todo ello, quizá, porque fiel –como se verá después con más detalle, a su proyecto de vivir con *radicalidad* el evangelio, se fue transformando *automáticamente* en *niño por el Reino*. Unamuno, en una de sus profundas intuiciones de corte evangélico dijo: *el amor tiene la virtud de hacer de los hombres niños, mientras que el egoísmo los aniña*.

• Por su *candor* –a mí personalmente– me ha dado muchas veces por comparar a Francisco con el famoso *Principito* de Antoine de Saint Exupéry. Francisco –como el niño del *cuento-poema pedagógico*– supo mirar al interior de las cosas y de las personas y *ver lo que es invisible a los ojos*; fue una persona con infinita capacidad de asombrarse y seguir indagando, fue capaz de enamorarse de una rosa, pero, sobre

todo, fue capaz de proyectar desde el evangelio –sin pararse a considerar cuestionamientos teóricos ni dejarse atrapar por normativas restrictivas– una nueva realidad, un *mundo nuevo*.

- Y volviendo al tema del *Francisco rompedor y revolucionario* frente al conformismo de la época, volviendo al Francisco que afronta los retos, cabría añadir que Francisco –con la *novedad* de la *radicalidad* evangélica– fue un rompedor de *odres viejos*, de viejos esquemas y encasillamientos con que se había ido encorsetando la vida cristiana. Y esa su *fuerza rompedora* se aprecia sobre todo en su labor como *fundador*. ¿A quién se le podía ocurrir, si no al candoroso e “inocente” Francisco, presentarse al Papa con un pequeño papel –a guisa de Regla– en el que había escrito unos pocos, pero significativos textos evangélicos? ¿A quién se le podía ocurrir, en medio de una mentalidad religiosa que cifraba su ideal en el *alejamiento* de la sociedad, resucitar el proyecto original del propio Cristo que mandaba a sus discípulos *de dos en dos* allí donde pensaba ir él y que les mandaba por todo el mundo a convivir con la gente? ¿Quién si no él podía atreverse en medio de una sociedad eclesial *clericalizada*, en la que el *estado laical* –no sólo en el seno común de la Iglesia, sino aún dentro de los mismos *monasterios*– era un estado *degradado* y socialmente equiparado al de la servidumbre, a declarar la *dignidad igualitaria* de los *laicos y los clérigos* dentro de su propia Orden y a conferir a los mismos laicos, dentro de la misión universal de la Iglesia, un *papel de protagonistas en la transmisión del Evangelio*?

- Pero no sólo como *fundador* fue Francisco un *rompedor* de clichés y esquemas, lo fue también en otros muchos órdenes de la vida social y ciudadana. Por ejemplo:

- Frente a una sociedad que tenía como valor el *dinero* y el *poder* él resucita con unusitada fuerza el valor de su *pobreza*, de la *simplicidad-humildad-servidumbre* evangélicas.

- Frente a una sociedad internacional regida por los *fundamentalismos religiosos* (del *cristianismo* y del *islamismo* especialmente) él propone el valor del *diálogo* y del *entendimiento* que surge del amor. Frente a las *cruzadas* propone el *testimonio cristiano*.

- Frente a una Europa que vivía tensionada por las *nacionalidades nacientes* y en la que los mismos sentimientos nacionales eran motivo de constantes conflictos y guerras, Francisco predica la *fraternidad universal*, como gran amalgamador que es de toda otra serie de valores. Y así un largo etcétera, pues esa *fraternidad universal* – que, como se verá con más detalle en charlas sucesivas, es el resultado de su fe y adhesión a un *único Dios Creador*– tiene, como el resto de todos los demás *valores “franciscanos”*, su *quicio* en la *radicalidad evangélica* que constituyó, sin duda, el gran estandarte de la *espiritualidad propia del Santo*.

- Y hablando de *espiritualidad propia*, hablando de *identidad franciscana*, hablando de *peculiaridades y características*, hay que señalar algo que todos vosotros sabéis tan bien como yo. La gran *novedad, peculiaridad, señal de identificación* de Francisco es su *radicalidad evangélica*. Desde ella Francisco, como diría el Apocalipsis (21, 5), *hace nuevas todas las cosas*. A Francisco no le hace falta el proponerse “ser original” le basta para serlo, seguir el evangelio *a la letra*, sin *glosa*.

- En Francisco, pues, *todo es Evangelio*. Y los *valores* que vamos a profundizar desde él, durante estos días, y otros varios en los que no nos vamos a detener aquí son *valores* típicamente *evangélicos*. Y decir *evangélicos* quiere decir *humanos*, pues el *evangelio* junto a la *Buena noticia* de que *Dios es Padre* tiene esa otra gran *Buena noticia* en la que se nos revela la *identidad más genuina del hombre mismo*.

- El *gran valor* del Evangelio, el valor estrella es *el amor*. Ahora bien este valor supremo aparece matizado con toda otra serie de *valores de primer orden*, que le confinen –*al amor*– su sello de *autenticidad*. Y tales valores están sintéticamente compendiados en las *Bienaventuranzas* –en ese código de la *felicidad*– que a mí me gusta denominar el *arco iris del amor*. En este sentido las *Bienaventuranzas* son un canto a un amor *generoso, servicial, fuerte, solidario, misericordioso, respetuoso con la dignidad personal, alegre y atrevido-lanzado-valiente*.

## 1. El valor de la misericordia

- Y bien, tras esta ya extensa presentación de la figura de Francisco desde la perspectiva de los *valores*, permitidme que entremos ya de lleno al primero de los *valores* que yo quisiera profundizar en estas jornadas: la *misericordia*.

- Definiciones de *misericordia* se pueden encontrar muchas.
- *Tener cerca del corazón las miserias / amar más a quien más lo necesita...*
- Pero yo os lo resumiría diciendo que misericordia es *amor personalizado, amor a la medida*.
- A las personas o “*las empezamos a querer como son o no las empezamos a querer nunca de verdad*”.
- Por otra parte sólo *el amor a la medida es creíble y personaliza*. No es suficiente con que queramos a los demás, sino que ellos se *sientan queridos*.
- Y volviendo sobre las cualidades del *amor a la medida* a mí me gustaría resaltaros cuatro, que a mi entender son especialmente importantes:
- la primera es la de *personalizar*. Cuando a una persona la vamos queriendo “como es”, empezamos a conocer en profundidad a esa persona y sólo entonces esa persona deja de ser “uno más” y se va convirtiendo para nosotros en un ser *único e irrepetible*.
- la otra cualidad es la *fidelidad*. Cuando a una persona se le quiere “como es”, ya no se la deja de querer nunca. Las *infidelidades* son frutos siempre de los *desencantos* o de los *desengaños*, o dicho de otra manera de haberse enamorado, de haber querido a un ser *ideal o idealizado*, pero no al *ser real* que teníamos delante.
- la tercera cualidad que quisiera resaltaros es la que se podría calificar de *creadora* o si preferís *redentora*. La persona que se siente querida –y sólo en esa medida– *crece*, saca afuera su creatividad y originalidad. Pero no solo ayuda a *crecer*, el amor ayuda también a *recuperarse*. Desde el amor se posibilita el cambio.
- la cuarta cualidad es la de *no juzgar, ni mucho menos condenar*. Donde hay amor no hay juicio (St. 2, 13 *La misericordia es superior al juicio*). El que juzga es siempre *inmisericorde*. Recordad que para Francisco, uno de los tipos más perniciosos de apropiación era precisamente la *apropiación del juicio*.

- Junto a esas *cualidades de personalización y fidelidad* “a prueba de bombas”, de *creación-redención y comprensión*, la misericordia tiene otras que, a su vez, pueden ser consideradas muy bien *valores* íntimamente relacionados con la misma. Entre ellas se encontrarían por ejemplo:

- El valor de la *acogida*. El “amor a la medida” se posibilita desde el primer momento en que una persona entra en contacto, en relación con otra. Si uno no *se siente acogido*, se cierra, se aísla y difícilmente se dejará ya *conocer y querer*. Para Francisco la acogida era un elemento substancial. Recordad, si no, las palabras que dejó escritas en la Regla: *cualquiera que venga a ellos, amigo o enemigo, ladrón o salteador, sea acogido con bondad* (1R. 7, 14).

- El valor de la *cercanía-empatía*. La misericordia siempre tiene una clara *dimensión de encarnación*, de compromiso real y concreto, de inserción. Nunca pretende “recuperar” “salvar” “redimir” desde fuera, desde la *distancia*, sino desde la “*comunidad efectiva y afectiva de vida*”. Esta cercanía, sin embargo, debe ser profundamente cordial. Se trata de *crear lazos* con el otro. *No lazos que atenen, sino lazos de amor* que siempre *respetan los ámbitos de libertad*. Se trata –como diría el Principito *inspirándose una vez más* en el Evangelio– de *recibir en la propia casa*, de *domesticar* al otro.

- Con todo, para entender a cabalidad el mensaje de la misericordia, nada mejor, quizá, que profundizar la parábola neotestamentaria del *Padre misericordioso* y la no menos expresiva del *marido traicionado* que nos trasmite el Antiguo Testamento.

- Y para empezar a profundizar lo que nos quiere transmitir San Lucas (15, 11-32) nada mejor que *individualizar* a los personajes que en este relato aparecen y clarificar cuál es el papel que asumen en esa especie de representación teatral de la realidad, que quiere ser la parábola, o si se prefiere el *poema pedagógico*.

- Y ciertamente, el protagonista no es el *hijo menor*, por más que la antigua tradición hermenéutica se empeñase en denominarla *parábola del hijo pródigo*. El protagonista no es tampoco sólo el padre. A mi entender, la parábola –al querer representar el sentimiento agónico que se produce a menudo en la vida diaria entre

la fidelidad a la *letra* de la ley y a su *espíritu*— tiene dos protagonistas, o si se prefiere, usando la antigua tradición teatral a la que siempre le gustó distinguir al “bueno” del “malo”, un *protagonista* y un *antagonista*. Desde esta perspectiva, el protagonismo corresponde, como es fácil deducir, al *padre* y el antagonismo, al *hermano mayor*, quien en su actuación pondrá de manifiesto el criterio de una *justicia* que, desprovista del espíritu, busca como valor supremo la *salvaguarda de la ley y el orden* expresados en su letra. Es ésta la justicia que se ha venido a llamar humana; una justicia que tiene como uno de sus principios más fundamentales el de *dar a cada uno según sus “méritos”* y el de quitarle según sus “deméritos”, y que encuentra su símbolo más expresivo en los *platillos de la balanza*. La figura del Padre, en contraposición, resaltaré el criterio más original de la *justicia*, que sólo se descubre en la medida en que ésta se ilumina y humaniza desde el *espíritu* que la inspira; espíritu que que no busca la muerte, sino la vida de toda persona. En el fondo, el antagonismo que se crea en la parábola entre *justicia según la letra* y *justicia según el espíritu* nos hace recordar de forma espontánea la amarga queja del Señor: *mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos* (Is. 55, 8).

- Descendiendo ya al terreno de la acción, la actuación de ambos personajes – protagonista y antagonista— van representando su papel con palabras y con gestos que ponen de manifiesto bien a las claras su personalidad.

En el padre, por ejemplo, sobresale de modo particular la *fidelidad* con que vive y actúa su identidad de tal, preocupándose sólo *porque su hijo viva*. Las tiernas palabras que pronuncia ante los criados y ante el hijo mayor refiriéndose al pequeño: *este hijo mío, este hermano tuyo, estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado*, denotan ese sentimiento del verdadero amor que busca tan sólo lo que interesa para el bien integral de la persona que se ama; que busca fundamentalmente que pueda ella, encontrar un sentido gratificante a su existencia, que pueda *saborear la vida*. Pero no menos elocuentes que las palabras son, en este mismo sentido, los *gestos* que tiene para con el hijo que se había ido: el *conmoverse* al verlo cuando aún estaba lejos, el *correr hacia él* y el *besarlo* efusivamente; el *no hacerle ninguna pregunta ni reproche*; el *ordenar que fuese tratado como su hijo*, haciendo traer el mejor vestido y el calzado, y devolviéndole el anillo de la filiación, y el *organizar una fiesta extraordinaria* en su honor, delatan el cariño y la ternura de quien no sólo ha sido fiel al hijo ausente, sino que incluso le ha llegado a querer con

un amor proporcionado a su necesidad, que se ha ido acrecentando desde la silenciosa y cercana lejanía.

En contraposición, en el *hijo mayor*, que, como se ha apuntado, representa en la trama la visión legalista ante la situación creada, se pone de manifiesto la infidelidad al amor fraterno y la consecuente *insolidaridad* con que actúa frente al problema del hermano. También en él, son los gestos —como el *irritarse y no querer entrar a la fiesta*— los que, con más elocuencia que las palabras mismas, reflejan su personalidad egocéntrica, fría de sentimientos e insolidaria.

No obstante, donde con más nitidez puede apreciarse la contraposición existente entre el criterio misericordioso del padre y el criterio legalista del hermano mayor, es precisamente en el diálogo que ambos mantienen a las puertas mismas del convite:

— Frente al frío y lejano: *ese hijo tuyo*, que matizan el reproche con que el hijo mayor echa en cara a su padre el gesto que ha tenido para con el hermano menor, el padre pronuncia el cálido y cercano tratamiento de *este hermano tuyo*.

— Frente a un observar con “mirada juzgadora y hasta condenadora” los *hechos* de quien ha devorado con prostitutas la hacienda, el padre sólo mira a la “*persona recuperada*”.

— Frente a una postura que nace de un corazón encogido y que tiende a ver y juzgar la situación del otro desde el propio yo, ofendido, y entristecido por la “*injusticia*” legal que se ha cometido con él al no permitirle nunca celebrar una fiesta con los amigos, a pesar de los “servicios prestados”, el padre, con el corazón ensanchado, pone como referente de su justa actuación *la persona de quien ha sido hallado*, e invita al mismo hijo mayor a que se alegre y a que tome conciencia de que también a él lo quiere como un *hijo predilecto* con quien comparte no sólo lo que tiene sino incluso lo que es.

Desde toda esta perspectiva, la figura del *hijo mayor* nos hace recordar con espontaneidad la del *fariseo orante* que el mismo evangelista Lucas retrata (Lc. 18, 9-14). Tanto el uno como el otro son seres *egocéntricos* que se sitúan *de pie* frente a Dios —ante quien se creen con derecho a exigir— y frente a los hermanos, a quienes suelen mirar con desprecio “por encima del hombro”. Ambos también, seguros de sí



mismos por los méritos acumulados y los servicios prestados, se sienten como obligados a menospreciar y condenar a quienes no son como ellos. Ambos, más que *orar en su interior, oran hacia su interior*, pues la contemplación narcisista de lo que han hecho, es un verdadero acto de autoadoración y egolatría. Ambos, en fin, aunque estén *de pie*, y hasta de puntillas, son pequeños y empedregados.

Y vista ya la actuación de los principales artistas de la obra, podríamos preguntarnos: ¿y dónde queda el *hijo menor* en toda la trama? Pues, sencillamente en su sitio. Él, más que un *agente*, es en la obra un *paciente*. La *vaciedad* que experimentó como resultado de su malogrado proyecto de ser feliz y “comerse al mundo”, le hizo entrar dentro de sí y lo que en un primer momento sólo fue un deseo de volver a casa por tener algo que echarse al estómago, se fue transformando poco a poco en él en una verdadera conversión del corazón, de verdadera apertura a la acción amorosa del padre. Y cuando éste lo besó efusivamente, la pena de no tener qué comer, se transformó en pena por haber perdido su filiación. Si el hijo mayor nos hacía recordar con espontaneidad al fariseo orante, el menor, en su sentida oración: *Padre, pequé contra el cielo y ante ti, ya no merezco ser llamado hijo tuyo*, nos hace recordar al publicano, que, sin atreverse ni tan siquiera a alzar los ojos al cielo, decía, al tiempo que se golpeaba el pecho: *¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy un pecador!*. Ambos fueron salvados simplemente porque se dejaron salvar, porque se abrieron al amor de Dios, que ama a la medida de las propias necesidades.

Y este mismo mensaje *de amor fiel* y “*a la medida*” que Lucas nos transmite en su parábola del Padre misericordioso, podemos leerlo también –como arriba se adelantaba– en la parábola, no menos bella y expresiva, del *marido traicionado* que nos trae el profeta Oseas (Os. 2. 4-25).

En la parábola veterotestamentaria –que no posee tantos elementos escénicos como la de Lucas– aparecen sólo dos personajes –el marido traicionado y la esposa infiel–, aunque las actitudes que se entrelazan son las tres que se veían en el Nuevo Testamento, es decir: la actitud que adopta la *misericordia*, la actitud que se deriva de una *concepción legalista*, y la actitud de quien, extraviado, *reconoce su situación y se deja salvar*. Lo que aquí sucede es que el marido representa tanto la actitud de misericordia, como la que dictaría la mera justicia humana.

Cuando el marido –que representa a Dios– siente y piensa con criterios humanos (Os. 2, 4-15), su actitud es la actitud enfurecida que adoptaría cualquier

persona que se encontrase en su situación. Habla entonces de *acusar a su mujer de adúltera* (Os. 2, 4. 7-10.15), *de castigarla con la necesidad* (Os. 2, 11. 13-14) y *con la insatisfacción* (Os. 2, 8-9a), *de condenarla al aprobio y a la muerte* (Os. 2, 5.12) y *de no reconocer a sus hijos* (Os. 2, 6).

No obstante, aún sintiendo y pensando como hombre, el marido traicionado de Oseas, pasado el primer furor de su ira, empieza a tramar, a través del castigo mismo, un camino pedagógico de recuperación para la esposa que se ha ido de casa. Es la primera chispa misericordiosa, que nos muestra ya la doble personalidad del marido. En el fondo, él –en contra de lo que en algún momento pudiera haber dado a entender– no quiere la muerte de su mujer, sino que se convierta y viva. Él continúa siendo fiel a su amor y la sigue queriendo entrañablemente cuando la castiga con el hambre y la insatisfacción, lo único que anda buscando es que ella, entrando dentro de sí, diga, aunque sólo sea de momento por satisfacer sus necesidades físicas: *Me iré y volveré a mi primer marido, que entonces me iba mejor que ahora* (Os. 2, 9b).

En una segunda parte, el marido, dejados completamente los criterios legalistas, se presenta, ya sin sombra, con los tonos propios del amor misericordioso. Sus palabras están llenas de sentimiento y ternura: quiere entonces *seducirla de nuevo, hablarle al corazón y regalarle lo que le había quitado* (Os. 2, 16. 17a); sueña con que ella le llame otra vez y con rejuvenecido cariño: *Marido* (Os. 2, 17b-19), y le promete, finalmente, *un nuevo matrimonio* (Os. 2, 21-22) un matrimonio eterno en amor, compasión y fidelidad, un matrimonio en paz y prosperidad (Os. 2, 20. 23-24); un matrimonio en el que incluso serán reconocidos y amados como propios los hijos del adulterio (Os. 2, 25).

La figura de la *esposa infiel*, también aquí, como sucedía con el hijo menor en la parábola de San Lucas, pone de relieve la importancia del dejarse amar por Dios, en orden a la salvación, a la liberación integral. También a ella se le pide que sea capaz de pasar de una conversación, cuyo único móvil es el hambre física, a una conversación del corazón, de los sentimientos, por la que se sienta impulsada a exclamar de nuevo: *¡Marido mío!* (Os. 2, 18). También a ella se le pide simplemente que vuelva a Dios con las actitudes de humildad, sencillez y abandono que se resaltan en la parábola del publicano que ora ante el Señor (Lc. 18, 13-14).

## 2. El valor de la fraternidad

- Uno de los valores *franciscanos* –y por ende *evangélicos*– que más han llamado siempre la atención de quienes se han acercado a la figura y obra de Francisco es el valor, el aprecio que él confiere a la fraternidad.

- Para mí siempre ha resultado evocador este retrato que Celano nos ofrece de la primera fraternidad:

– *¡En qué fuego tan grande ardían los nuevos discípulos de Cristo! ¡Qué inmenso amor el que ellos tenían al piadoso grupo! Cuando se hallaban juntos en algún lugar o cuando, como sucede, topaban unos con otros de camino, allí era de ver el amor espiritual que brotaba entre ellos y cómo difundían un amor superior a todo otro amor. Amor que se manifestaba en los castos abrazos, en tiernos afectos, en el ósculo santo, en la conversación agradable, en la risa modesta, en el rostro festivo, en el ojo sencillo, en la actitud humilde, en la lengua benigna, en la respuesta serena; eran acordes en el ideal, diligentes en el servicio, infatigables en las obras.*

*Al despreciar todo lo terreno y no amarse a sí mismos con amor egoísta, centraban todo su afecto en la comunidad y se esforzaban en darse a sí mismos para **subvenir a las necesidades** de los hermanos. Deseaban reunirse, y reunidos se sentían felices; en cambio, era penosa la ausencia; la separación, amarga, y dolorosa la partida...*

*Eran seguidores de la altísima pobreza, pues nada poseían ni amaban nada; por esta razón, nada temían perder... (1C. 38-39).*

- No cabe duda de que Francisco, con el núcleo más cercano de hermanos, logró *revivir* el ideal que de la primera comunidad cristiana de Jerusalén canta el *Libro de los Hechos*. Y fue tanto el *candor*, la *inocencia*, la *simplicidad*, la *alegría*, la *vitalidad* que acompañó el caminar de aquellos primeros hermanos franciscanos, que si no fuera porque sabemos que fue *verdad*, nos sentiríamos todos tentados a

pensar que el *idilio* vivido por Francisco y los primeros compañeros no pasó de ser un *sueño*.

- Ahora bien el gran *secreto* de ese primer idilio franciscano –como sucediera en su caso con la comunidad de Jerusalén– fue el fruto de un *Pentecostés*:

– *De hecho se erigió la noble construcción de la caridad, en que las piedras vivas, reunidas de todas las partes del mundo, formaron el templo del Espíritu Santo. ¡En qué fuego tan grande ardían los nuevos discípulos de Cristo!* (1C. 38).

- Con todo, la *fraternidad franciscana*, como la *evangélica*, no estaba llamada a vivirse tan sólo en el seno del *círculo fraterno más reducido y cercano* (con los *hermanos* que formaban el grupo comunitario), sino que tenía una irrenunciable dimensión de *universalidad*.

- Para Francisco la comunidad (“religiosa”) de hermanos ni fue nunca una *frontera*, sino una *vanguardia de actuación*.

Precisamente por todo esto –por ser una vez más radicalmente evangélico– su “modelo” de fraternidad fue –como todo él– *rompedor* y *novedoso* con la perenne *novedad* del evangelio (del *Amor*). Francisco *no sólo no* buscó *huir físicamente del mundo*, sino que estableció como ideal de “su” comunidad religiosa *estar entre los hombres*; no quiso que los suyos *se desentendieran de los problemas de la gente*, del entorno, sino que los compartieran, que se solidarizaran con ellos; no quiso, en fin, que se sintieran *privilegiados*, sino *menores*. Por eso sus frailes fueron *itinerantes* y no *monásticos*; su ideal de la *soledad* no necesitó el *desierto físico*, sino el desierto interior, su *claustro* o su *celda*, lejos, de ser lugar de *aislamiento*, lo era de *rocogimiento*, por ello más que ser *espacio físico* era *espacio interior*.

- Desde la *fraternidad* religiosa, Francisco *trascendía con naturalidad* –y quería que así también lo viviesen los “suyos”– a la *fraternidad universal*, cuyo fundamento era el *Dios Creador*.

- Expresiones de esa *fraternidad universal* que encontraba su fundamento en Dios fueron, en Francisco:

a.- en primer y principal lugar el hombre, el *hombre* considerado, apreciado y querido en su *individualidad*, el hombre *preferido* en relación con sus *carencias* y *deficiencias*.

b.- pero junto al hombre, Francisco *apreció, amó* y consideró *hermana* a toda la *creación*, a todas las criaturas, *animadas* e *inanimadas*, a la *naturaleza* toda, a la *madre tierra*, al *cosmos*. En Francisco, la *teología* recupera esa dimensión cósmica que nunca debió perder y que está presente no sólo en las primeras páginas de la Biblia, sino que se encuentra presente en el núcleo mismo del *mensaje evangélico* tal como el apóstol Pablo se encarga de explicitar en su himno de *Efesios* (Ef. 1, 3-14):

– *Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha elegido... para ser santos en el amor... dándonos a conocer el misterio de su voluntad... para realizando en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por cabeza.*

• Como un ejemplo más del cariño de Francisco a las criaturas –como reflejo del Creador– quisiera traer aquí este ejemplo que rebosa *ternura* y *poesía*:

– *A los hermanos que hacían leña les prohibía cortar del todo el árbol, para que le quedase la posibilidad de echar brotes. Mandaba al hortelano que dejase a la orilla del huerto franjas sin cultivar, para que a su tiempo el verdor de las hierbas y la belleza de las flores pregonasen la hermosura del Padre de todas las cosas... (2 C. 165).*

• Hay que notar, sin embargo, que un tal *respeto-adoración* a la naturaleza era el resultado de *un espíritu desprendido de tal deseo de apropiación, de acaparamiento posesivo*.

• Profundizando un poco más en el valor de la *fraternidad universal* evangélica que, en Francisco, revive con inusitado esplendor, se podría decir también que en ella –a través de ella– expresa él un renovado *humanismo cristiano*.

• Algunos han querido ver en el Santo de Asís un *instaurador de un nuevo humanismo*, yo, con otros muchos, prefiero descubrir en él un *restaurador*.

• En sus orígenes el *cristianismo* tuvo, entre otras, la virtud de trastocar la cultura *greco-romana* en la que el hombre era la *medida y prototipo* de todo.

- Desde su concepción de que *el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios*, el cristianismo inicia un nuevo movimiento cultural, en el que *Dios* está en el *vértice*, en *alfa y omega*, del propio proyecto humano. *Dios es amor* y en consecuencia el hombre es concebido como un *proyecto de amor*. Cristo aparece como la revelación no sólo del *verdadero rostro de Dios*, como Padre, sino también como prototipo del *hombre mismo*. Desde Cristo, el proyecto humano aparece matizado por toda una *serie de valores* que se ensamblan y encuentran su sentido desde el supremo *valor del amor*.

- Junto a todo ello, el *cristianismo* –y ésta sí que es una novedad que ni tan siquiera aparece en el Viejo Testamento– descubre la *dignidad del hombre, de todo hombre, como persona*.

- La relación de Dios ya no es con un pueblo sino con el *individuo*. Es en definitiva la relación de un *Padre con un hijo*. Pero al mismo tiempo la *persona* –y aquí encuentra su quicio todo lo que en Francisco aparece como *fraternidad universal*– no es un ser *solitario*, sino *solidario*, no crece sólo en *relación con Dios*, sino también *en relación con los demás, y los otros*, por ser hijos del mismo Dios y Padre son *hermanos...*

- En definitiva, se podría decir que los grandes pilares de la *cultura cristiana* son:

- la fe en *un Dios que es Padre de todos los hombres*

- la comprensión del hombre como un *ser personal hecho para el amor*

- la *común dignidad de todos los hombres*, como hijos del mismo Dios y Padre

- la proclamación de determinados valores –íntimamente relacionados con el amor– que posibilitan y facilitan la convivencia humana en el respeto a la individual dignidad de todos y cada uno...

- la contemplación respetuosa y admirada del *Universo* como obra del mismo Dios y Padre

- Con el paso del tiempo, desgraciadamente esa concepción cristiana de la vida –esa original cultura nacida del Evangelio– se fue ofuscando. Y en la edad *Media* la estructura de la sociedad, “autodenominada cristiana”, en *clases sociales* –que, contra

toda inspiración evangélica se hacían depender de la “voluntad divina”– eclipsó casi totalmente el primigenio espíritu cultural del cristianismo.

- Desde la radicalidad con que vive el espíritu evangélico, Francisco descubre que la *grandeza personal del hombre* está en relación directa con la apertura que tenga la persona para dejarse *guiar por el Espíritu*, para dejarse *construir por el Señor*, y desde ahí supera con decisión y con naturalidad todos los convencionalismos de *clases sociales y castas*. *Cuanto es uno delante de Dios, tanto es y no más* (Adm. 19, 2). Desde esta fe, *supera las diferencias dentro de la fraternidad: El espíritu del Señor se posa igual sobre el pobre y sobre el rico* (2 C. 191-192); y supera también los privilegios sociales, *presentando a sus frailes como menores* y defendiendo como *privilegiados de Cristo a los pobres*, a los “leprosos”, a los que piden limosna a la vera del camino, a los enfermos y lisiados...

- El *valor de la fraternidad*, además de denotar el resurgimiento del *humanismo cristiano* en su estado más *puro y primigenio*, lleva conexiónados –como es natural– toda la serie de *valores que surgen del amor* y que ayer veíamos recogidos en esas *Bienaventuranzas* que calificábamos de *arco-iris del amor*. De estos mismos valores profundizábamos ayer el que podríamos catalogar de *estelar*, el valor de la *misericordia*. Hoy, en torno a la *fraternidad* me gustaría profundizar otros dos: el de la *solidaridad* y el de la *tolerancia-diálogo-respeto*.

### A. *El valor de la solidaridad*

La palabra *solidaridad* surgió con posterioridad a Francisco, por lo que si alguno pretende encontrar en sus escritos lo que es *substantivo* a este valor con la misma *denominación* está perdiendo el tiempo.

- El término empieza a utilizarse en Francia a finales del siglo XVII en contextos laicos y encuentra su origen fundamentalmente en el mundo de la *construcción: lo sólido*, frente a lo frágil; lo sólido como *bloque*, como formando *unidad*, frente a lo disperso y desunido...

La así llamada *solidaridad* se reviste en Francisco –como en el evangelio– de *amor pobre y generoso*, porque en definitiva la pobreza que Cristo predica y Fran-

cisco redescubre es una *pobreza* que más que *carencia* es *desapropiación* y *generosidad* en el *compartir*.

- Desde esa perspectiva el ideal de la pobreza es el mismo que en su día vivió la primera comunidad de Jerusalén: *Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo lo tenían en común... No había entre ellos ningún necesitado... a cada uno se le repartía según su necesidad* (Hch. 4, 32, 34 y 35).

- Pero la *pobreza-generosidad* franciscana –como la evangélica– iba más allá del mundo del *tener* para adentrarse también en el *mundo del ser*: *Cada uno* –escribe en este sentido Francisco en la Regla– *ame y alimente a su hermano como una madre ama y alimenta a su hijo* (1R. 9, 11). Desde esta perspectiva, la *solidaridad* adquiere desde Francisco el tono evangélico del *compartir* lo que se es, de compartir los *sentimientos con los demás*, de compartir la *vida*.

- Por todo ello, la misma capacidad de *insertarse*, de *encarnarse* en la vida de los más necesitados –que en un principio puede sugerirnos el valor de la misericordia– nos habla también, desde una perspectiva complementaria, del valor que aquí nos ocupa de la *solidaridad*:

- *Y han de sentirse dichosos cuando se hallen entre gente de baja condición y despreciada, entre los pobres y los débiles, entre los enfermos y los que piden limosna a la vera del camino* (1R. 9, 2).

- *Para esto han sido llamados los hermanos para curar a los heridos, vendar a los quebrantados y volver al recto camino a los extraviados* (TC, 58).

- La anterior reflexión hecha a la luz de las *fuentes franciscanas* puede ayudarnos a todos a replantearnos tanto personal, como comunitariamente, un *valor* –el de la *solidaridad*– que está muy en boga en nuestra actual cultura, pero que, como sucede con otros, a veces puede dar la impresión que se enarbola como estandarte y enseña, pero no influye en profundidad y de la forma decisiva en las mismas estructuras sociales de nuestro entorno.

- Por ejemplo –y sólo como ejemplo que pueda suscitar la propia imaginación de cara a la reflexión que luego se propondrá– por una parte *se habla “a bombo y platillo”* de ser solidarios con los países pobres, pero por otra parte la economía de la globalización los hunde cada día más en la miseria... Somos *solidarios* –y se lleva



mucho y está bien— ante una catástrofe, pero deja indiferente, en el día a día, la tragedia que supone el hambre creciente y los problemas que provoca... Nos planteamos ser solidarios con los *subsaharianos* —y ojalá fuera así de verdad— pero nos cuesta serlo con los que tenemos más cerca —llámense habitantes de otra *Comunidad autónoma*, habitantes de otra ciudad, desfavorecidos del entorno, etc... ¿Cómo es posible alardear de *solidaridad* cuando las políticas que más se aplauden son a veces abiertamente insolidarias o cuándo se están, si no favoreciendo, sí al menos consintiendo comportamientos que denotan un egoísmo atroz?

### *B. El valor de la tolerancia-diálogo-respeto*

Como sucedía con el valor de la *solidaridad*, tampoco la *nomenclatura* usada para expresar este valor —que no cabe duda es otro de los *portaestandartes* de nuestra cultura e incluso de nuestra política actual— se encuentra explícitamente en las *fuentes franciscanas*.

- Francisco fue —como profundizaremos a continuación una persona *tolerante* con otros modos de ser y de pensar, supo *dialogar* y ser *respetuoso* con gentes de otras culturas y credos, pero en sus escritos no hay un *tratado* concreto al respecto.

- El *mensaje de la paz*, que fue uno de los distintivos de la espiritualidad personal del Santo y de sus seguidores es ya —en sí mismo— todo un compendio de lo que hoy venimos a llamar *respeto* y *tolerancia* y *diálogo*.

La *paz franciscana* —experiencia profunda de la anunciada por Cristo— tiene su principal quicio en el *perdón*.

El perdón, sin embargo, se posibilita y favorece desde una *actitud penitencial*, desde un reconocimiento de las propias *debilidades*. Los *prepotentes*, los “buenos”, no perdonan nunca. Uno *perdona en la medida que ha experimentado el perdón* en su vida y para ello previamente tiene que haberse sentido *necesitado del mismo*.

- Ese *mensaje de paz* fue recogido por Francisco tanto en la Regla no Bulada, como en la que mereció la aprobación papal:

– *Guárdense todos los hermanos de calumniar y de trabarse en discusiones... No litiguen entre sí ni con otros... No vituperen a nadie, ni murmuren, ni difamen... Y sean apacibles, mostrando máxima mansedumbre para con todos los hombres. No juzguen, no condenen... No anden observando los pequeñísimos pecados de los demás (1R. 11, 1-12 y 2R. 3, 10-11).*

• También otras fuentes recogen la voluntad de Francisco de que sus frailes fuesen mensajeros de paz.

– *Que la paz que anunciáis de palabra, la tengáis, y en mayor medida, en vuestros corazones. Que nadie se vea provocado por vosotros a ira o escándalo, sino que por vuestra mansedumbre todos sean inducidos a la paz, a la benignidad y a la concordia (TC, 58).*

• Por lo demás el *mensaje franciscano de la paz* –por ser evangélico– está entretejido no sólo de mansedumbre y dulzura en el trato, sino también de *paciencia*. Una paciencia que no es *mero soportar con resignación*, sino *aceptar con cariño y tranquilidad –sin violencias–* las contrariedades, las diferencias, la diversidad... En realidad todos sabemos, que la *paciencia así entendida* es la *clave y secreto* de la que el propio Francisco denomina *verdadera alegría*.

• Francisco, sin embargo, no sólo se mostró como persona tolerante, dialogante y comprensiva en su mensaje de paz –que, por lo demás, fue una constante en su vida–, sino también en otros muchos comportamientos ante situaciones concretas. Y entre éstos, quisiera resaltar aquí y ahora el de su *delicadeza a la hora de tratar con personas de diferentes culturas y credos*.

• De hecho él mismo en la Regla no Bulada estableció:

– *Los hermanos que vayan a tierras de infieles pueden vivir entre ellos espiritualmente de dos maneras. Una manera consiste en no trabarse en disputas ni en discusiones... y confesar que son cristianos. El otro modo consiste en que, cuando vieren que agrada al Señor, anuncien la palabra de Dios... invitándoles a creer en Él (1R. 16, 5-7).*

• Y como en todo lo demás, Francisco no se contentó con transmitirlo, sino que previamente a recomendarlo, o después, *él mismo lo vivió así*. Especialmente

paradigmático al respecto resultó su viaje a Egipto y su entrevista con el sultán *Melek-el-Kamel*, que es, no cabe duda, un modelo de *diálogo interreligioso*, en *sinceridad y respeto* al unísono.

- Con lo dicho hasta aquí, pienso que, a la luz de las fuentes está bastante explicitado el *talante tolerante, respetuoso y dialogante* de Francisco, quien nunca buscó *imponer* nada a nadie, pero nunca dejó de *testimoniar* sus propias creencias; quien nunca pretendió discutir, pero cuya vida no dejó de *decir su verdad*... El verdadero *talante dialogante, respetuoso y tolerante* no busca el enfrentamiento, pero tampoco *silencia* las propias creencias. Lo que sí hace es defender lo que cree desde el propio testimonio, no intentar imponer que todos creen lo que él mismo cree, no pretender apropiarse de la *verdad* y de *toda la verdad* y no *descalificar* las posturas de los demás, recurriendo incluso a la violencia verbal o física...

- Restaría ahora hacer propio este mensaje de la *tolerancia-diálogo-respeto* en nuestras vidas y en medio de nuestra sociedad. No cabe duda de que a ello podrá ayudarnos la profundización que después realizaremos desde la guía de reflexión propuesta y el compartir sentimientos y experiencias, pero puede ayudarnos también la pequeña lluvia de sentimientos-situaciones que a continuación expongo.

- Es cierto que la *tolerancia, el diálogo y el respeto* son hoy términos muy usados en el vocabulario político y social del momento.

- No obstante, a veces pudiera dar la impresión de que se trata de enarbolar banderas que sirven para distraer la atención, pero que en el fondo no estamos poniendo los cimientos de una verdadera *civilización de la paz*, que tiene, entre otros, los irrenunciables retos de educar en la *tolerancia y la diversidad, desarrollar el sentido crítico, educar en el diálogo y la argumentación, combatir toda clase de violencia*...

- No se puede olvidar nunca que el valor de la *tolerancia-respeto-diálogo* es siempre un *tren de ida y vuelta*. Una cosa es, por ejemplo, el *diálogo cultural* en el que, cada parte, a partir del respeto mutuo, busca un marco común de convivencia, pacífico y posibilitador, y otra el *integrismo cultural* que impide toda relación distinta a la que se puede establecer entre *dominante y dominado*. La *tolerancia* debe ser recíproca en toda relación intercultural tendente a la paz y a la construcción

social, pues el *integrismo* –siempre *extremista* por naturaleza– conduce indefectiblemente a la violencia y a la destrucción.

Hoy en día –y seguimos con los ejemplos– existe una cierta tendencia a descalificar con el apelativo de “carca” al que en conciencia no se siente en capacidad de aceptar determinados planteamientos. Y junto a ello ha habido una *apropiación* del término *progreso*, como si tal concepto no admitiese, como todos los demás, distintas perspectivas y posicionamientos. Surgen así los *progresistas dogmáticos* que en nombre de la libertad, del diálogo, de la tolerancia no buscan encontrar *marcos comunes* de convivencia, sino *imponer* sus propias creencias y convicciones (religiosas o laicas) ¡Qué trágico es para la feliz y tranquila convivencia *perder el centro y extremizarse*, ya sea a derecha o a izquierda, que en definitiva ambos extremismos son igualmente perniciosos!

### *Aterrizando*

Pienso que en lo que hasta el momento se ha ido viendo es suficiente para salir de este encuentro con una visión bastante clara del aporte –pequeño y grande a la vez– que como Terciarios Franciscanos Seglares podemos ofrecer hoy a nuestra sociedad desde algunos de los valores cristianos con los que, de manera particular, se identificó Francisco.

- No quisiera, sin embargo finalizar, sin decir –aunque sea sólo alguna palabra– de otro valor que, a mi entender es esencial a nuestra propia vocación de Terciarios y del que se siente hoy en día una gran falta y carencia. Hasta el momento hemos hablado del valor de la *fraternidad* y del valor de la *misericordia*. El primero nos identifica como *Hermanos* y el segundo es uno de los dos grandes valores substanciales a nuestra común vocación de Terciarios. Pero esta vocación de *Terciarios*, junto al valor de la *misericordia* (que es entrega y donación) tiene otro en relación directa con él: el valor de la *penitencia*.
- No podemos crecer en amor sin *fortaleza*. Porque no se puede amar sin *libertad y la libertad, siempre tiene un valor agridulce*.

- El bien máspreciado que tiene el hombre es la *libertad*, pero para ser libres hay que poder optar. Dios creó al hombre libre, y crearlo libre quiere decir que por lo menos le dio, en principio, que pudiera optar por dos caminos. Y precisamente ahí está la tragicomedia del hombre; ahí radica la razón última de que su vida sea *agridulce*. Si no existiera más que un camino, la vida sería muy triste, no habría conflictos, pero tampoco grandes alegrías y satisfacciones.

Es precisamente el dramatismo de tener que optar, el que da el verdadero sabor a la vida humana, y el que hace que el hombre sea y se sienta libre. Ante cualquier determinación de su vida, todo hombre tiene ante sí, fundamentalmente, estos dos caminos u opciones: *crecer en el amor*, o, por el contrario, *crecer en el egoísmo*. En fin, ésta es la libertad, y éste es el juego profundo de la antropología cristiana. Constantemente, la persona tiene que optar por salir al encuentro del otro o por quedarse encerrado en sí mismo; por encontrar la verdad en el amor o por querer engañarse a sí mismo siguiendo atajos que se lo prometen todo, pero a la larga le dejan vacío.

El egoísmo es siempre un *atajo* que uno escoge en la vida para llegar a lo que todos buscamos: la felicidad y la identidad. El egoísmo lo promete todo a precio de rebaja. Y hoy en día las rebajas están de moda. La cultura actual está acostumbrada a ellas. Hasta la felicidad se ofrece a precio de saldo. Nuestra cultura, en la que se exalta lo *ligero* y lo *fácil* cautiva rápidamente a la persona y favorece en ella un inmediato endiosamiento, que, al final, en vez de convertirla en un *gigante de humanidad*, la sume en una especie de *ser empequeñecido por el egoísmo*.

Por ello, y dado el dramatismo de la vida humana, una pedagogía que quiera verdaderamente orientar y conducir a la persona a la verdad y a la felicidad, es decir, al crecimiento en el amor, no puede renunciar nunca al sacrificio.

Hay que ser realistas. En esta vida, si se quiere amar, hay que saber morir. ¡Cuántos casos de matrimonios que al poco de casarse ya buscan separarse! ¿Dónde está la dificultad? No se sabe morir. Todos quieren ser reyes y quieren ser dioses, y Dios y Rey solamente puede haber uno. O los dos se deciden por dejar el trono de la divinidad o del reinado y ponerse en camino hacia el encuentro mutuo, o no hay verdadera comunidad, no hay un verdadero nacimiento del *nosotros*. El nosotros surge en la medida en que los “yoes” individuales disminuyen.

- El evangelio es explícito al respecto: *si el grano de trigo no cae en tierra y muere queda infecundo*. (Jn. 12, 24); *Quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien la pierda la encontrará. ¿De qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o arruina?* (Lc. 9, 24-25). *Entrad por la puerta estrecha... ¿qué estrecha es la entrada y qué angosto el camino que lleva a la vida!* (Mt. 7, 13-14). *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo...* (Lc. 9, 23).

- También Francisco, como es natural, insiste en este fundamental valor cristiano: *Y esfuércense por entrar por la puerta estrecha...* (1R. 11, 13). Y en la *Carta a los Fieles* –verdadera protorregla para nuestra Tercera Orden– hace de la *penitencia* uno de los ejes fundamentales. Y hacer penitencia es *amar a Dios y a los hermanos, aborreciendo los propios cuerpos con sus vicios y pecados* (egoísmo). Penitencia es *morir para encontrar vida*. Penitencia es, en definitiva, tener la suficiente *fortaleza* para saberse decir *no*.

- Una de las características precisamente de la actual civilización es la de evitar sistemáticamente toda referencia al dolor, al sacrificio, a la renuncia..., como si se tratara de temas *tabú*. Es por ello que ha sido calificada de cultura *light*. Se exalta lo *ligero*, lo suave, lo placentero y gratificante. Pero, no obstante el silencio cultural que se ha querido imponer, la estructura humana no ha cambiado, como es natural, y la misma realidad cotidiana, el mismo entramado social, la *misma vida* es, por esencia, *competitiva* y sólo los preparados para el *esfuerzo* y adiestrados de alguna manera en el arte del autodomínio y de la superación logran abrirse camino en ella. Y se da incluso la paradójica circunstancia de que la sociedad actual es “a la hora de la verdad” muy exigente. Hoy en día, por ejemplo, los escasos puestos “dignos” disponibles de trabajo, si no se conceden por “enchufe”, están destinados a los mejores (la *aristocracia del saber*). La dureza que se quiere evitar en el discurso vital está altamente presente en la realidad diaria y la *exigencia* que no se quiere anunciar en los “spots” publicitarios, la vida misma se encarga de ir la planteando a cada uno. Y ésta es, quizá, la causa de tantas decepciones y *desencantos* como se dan hoy con frecuencia y particularmente entre los jóvenes. Se les había ilusionado con un mundo en “azul y rosa” y después se dieron cuenta de que la vida es una realidad mucho más multicolor en la que no faltan tampoco otros tonos más grises y sombríos.

El *valor de la fortaleza*, pues, que distingue nuestra identidad de Terciarios junto con el de la *misericordia* es otro importantísimo aporte que podemos regalar hoy como franciscanos seculares a nuestra sociedad, a nuestros mayores y jóvenes, a nuestros compañeros de trabajo, a nuestra *familia*.